

tes estaban en mayoría, se insistió en hacer depender la aprobación del impuesto de la satisfacción previa de sus quejas. En los dos colegios superiores, el de los príncipes electores y el de los demás príncipes protestantes, se contentaron con que se recordara al emperador en términos respetuosos la satisfacción que debía dar á sus quejas.

Cuando se trató de la cantidad con que se había de contribuir hubo un regateo repugnante; al emperador nada le parecía bastante, y los magnates, tanto los católicos como los protestantes, querían pagar lo menos posible. En medio de este regateo se renovó la lucha por la reserva eclesiástica.

Al renunciar los embajadores de Magdeburgo á la participación en las deliberaciones del parlamento, lo hicieron con la condición de que se reservara á su soberano la decisión en este punto. El emperador Rodolfo se apresuró entonces á enviar al consejero imperial baron de Schleinitz al administrador Joaquin Federico para inducirle á renunciar definitivamente á su puesto y voto en el parlamento; mas Joaquin Federico no quiso oír hablar de renuncia, sino que por el contrario reprendió á sus embajadores seriamente porque no habían cumplido su orden y les mandó ocupar, á pesar de todo, su puesto, aunque no se llevara á cabo la resolución prometida por el emperador durante el parlamento.

A consecuencia de esto se presentó el canciller Meckbach, el principal de los embajadores de Magdeburgo, en 3 (13) de julio en el momento en que se reunían los colegios para oír la respuesta del emperador respecto del último ofrecimiento del auxilio turco. La reunión de los colegios se celebró en la sala de los príncipes, y el citado canciller entró con éstos en la sala principal, donde los príncipes electorales habían ocupado ya sus puestos, y allí se sentó al lado del obispo de Wurzburg. En seguida el arzobispo de Salzburgo le intimó en alta voz que saliera del local, pues que no tenía derecho á ocupar asiento alguno. El canciller se negó á hacerlo y hubo un altercado violento, tanto que el arzobispo cogió al canciller de la capa para sacarle de su asiento, pero luego reflexionó, y diciendo que no quería sentarse al lado del intruso, invitó á sus correligionarios á salir con él de la sala. Meckbach ni por esto se atemorizó, y entonces á una nueva excitación del arzobispo se levantaron los príncipes electores eclesiásticos y todos los demás católicos, y protestando contra la validez de la sesión y sin hacer caso de Meckbach que solicitaba ser oído, salieron de la estancia. El regente de Sajonia salió también con ellos; pero viendo que sus consejeros no le seguían, volvió algo abochornado á la sala. Los protestantes, observando que los católicos, después de negociar en vano durante varias horas, no volvían á entrar, se retiraron también. Entonces se suspendieron las deliberaciones y las sesiones, presentándose inminente la disolución del parlamento cuya apertura había ofrecido ya tantas dificultades.

Los embajadores de Magdeburgo, no estando autorizados á permitir que las cosas llegaran á este extremo, entraron en negociaciones con el emperador, el cual por su parte creyó inaceptables sus ofrecimientos; mas quiso poner término á la discordia por medio de un decreto, conforme había pensado hacer en un principio. Los magnates católicos, sin embargo, no querían que tuviera el emperador condescendencia ni negociaciones con los representantes de Magdeburgo, porque temían que también presentarían igual pretensión los demás administradores protestantes, de lo cual resultaría la libertad religiosa. Esta libertad pernicioso, que hasta entonces se había rechazado con tanto trabajo, se introduciría, según ellos, en poco tiempo en todo el Imperio, lo cual sería el principio de la ruina de la religión católica, única verdadera y salvadora, y del exterminio de los católicos en toda Alemania. La pretensión de los magdeburgueses era en su

concepto contraria á la paz religiosa, por lo cual convenía que el emperador tomara una actitud resuelta y les obligara á abstenerse de toda extralimitación. Los católicos mas furiosos, particularmente el elector Ernesto de Colonia, hasta pidieron que, á falta de otros medios eficaces, el emperador redujera á prisión al canciller de Magdeburgo. Viendo luego que el emperador no rechazaba bruscamente á los magdeburgueses, se exasperaron y se quejaron de su tibieza en materia de religión y de conciencia, y hasta hablaron de su «hipocresía.» Calificaron el decreto, cuyo borrador les envió el emperador, de enteramente perjudicial á la religión católica y á la paz religiosa, y se decidieron á llegar al extremo de protestar, en caso de que el emperador hiciera la menor concesión á los magdeburgueses, contra su juramento y contra la paz religiosa. El duque Guillermo de Baviera conjuró al emperador en una carta autógrafa á no conceder nada contra la paz religiosa á «estos siervos audaces y temerarios de Satanás.»

El emperador, á pesar de esta actitud furibunda de los magnates correligionarios suyos, entró en un arreglo con los magdeburgueses, los cuales por su parte se declararon dispuestos á abstenerse en este parlamento, salvo la aprobación de su soberano, de ocupar su puesto, para complacer á Su Majestad Imperial y para no crear obstáculos al bien general ni disgusto al parlamento en el inminente peligro turco. El emperador declaró en cambio que esta conducta de los magdeburgueses no debía perjudicar ni al primado y arzobispo de Magdeburgo, ni sus honores, derechos y fueros, ni á su administrador en sus pretensiones y posesiones (*tam in petitorio quam possessorio*). Por manera que el emperador estableció diferencia entre el arzobispado y su poseedor, admitiendo que el arzobispado conservaba su carácter anterior de magnate, lo cual había demostrado ya con haber convocado para el parlamento al cabildo, no obstante que éste era en su totalidad protestante. Además declaró explícitamente que la renuncia del asiento del arzobispado entre los magnates no había de perjudicar al mismo arzobispado. En cambio fué objeto de disputa la calidad de magnate del marqués Joaquin Federico como poseedor del arzobispado. El mismo sostenía tener derecho á la dignidad de magnate y haberla ejercido antes sin que se le hubiese disputado; pero ni el emperador ni los otros magnates católicos fueron de su opinión, pues que el emperador no le trató ni como obispo ni como administrador, sino solo como poseedor del arzobispado, de lo cual ya se habían quejado los representantes de Magdeburgo. Los magnates católicos fueron mas léjos y pidieron que el emperador rechazase rotundamente y para siempre las pretensiones del marqués Joaquin Federico, pero Rodolfo dejó la cuestión sin decidir y se contentó con la promesa de que la renuncia del administrador no ejercería ninguna influencia sobre sus pretensiones. Todo lo que le concedió fué añadir á su decreto la promesa de que se aplicaría asiduamente á zanjar esta cuestión sin demora y definitivamente.

Sin embargo, tampoco esta vez quedó resuelta. Había cedido de nuevo el administrador, cuyos embajadores en opinión de los correligionarios habían renunciado ignominiosamente á un propósito tan bien empezado á ejecutar.

Habiendo renunciado el administrador de Magdeburgo, volvió el parlamento á emprender las deliberaciones, en las cuales ya no tomaron parte los administradores protestantes. Se llevaron á cabo las deliberaciones respecto del auxilio contra el turco y se concedió bajo este concepto al emperador una suma mas elevada que nunca, es decir, ochenta meses romanos, equivalentes aproximadamente á cinco millones de florines, pagaderos en los seis años inmediatos

(hasta el año 1600). El emperador hubiera deseado mas, pero se declaró satisfecho. Ni en la réplica de los dos estamentos superiores, ni en el escrito de clausura del emperador se mencionaron las quejas protestantes sino en giros muy generales. Las ciudades independientes continuaron firmes en su propósito de no conceder nada si no eran atendidas sus quejas; pero los dos colegios superiores rehusaron admitir en su réplica la declaración de las ciudades, por lo cual estas últimas presentaron su réplica al emperador en su escrito particular. El emperador no hizo ningun caso de este escrito y dijo que el estamento de la clase media debía cumplir las resoluciones de los dos estamentos superiores.

De esta manera alcanzó Rodolfo lo único que le interesaba, á saber: la votación de recursos. El segundo punto de su proposición que trataba de la observancia de la paz civil, ó sea del orden interior, y de la mediación de la paz entre la Holanda y la España, quedó igualmente resuelto, pero con esto acabaron su constancia y su paciencia. Deseaba marcharse; también los magnates, cansados del crecido gasto que hacían en Regensburg, preparaban su marcha, y otros se habían ya retirado, de modo que unos y otros dejaron sin discutir los puntos todavía pendientes de la proposición imperial, en particular la administración de justicia, y muy especialmente la revisión de la matrícula del Imperio que indudablemente hubiera exigido largas discusiones. Todo quedó para una asamblea de diputaciones que debía reunirse en julio de 1595. Los protestantes se conformaron esta vez, pero no lograron que la asamblea de las diputaciones estuviere compuesta de un número igual de católicos y de protestantes; también renunciaron á su exigencia de que se restableciesen las visitas regulares del tribunal superior del Imperio, y se conformaron con la resolución de la mayoría de que la misma asamblea de las diputaciones efectuara una visita extraordinaria del tribunal.

El 9 (19) de agosto de 1594 quedó cerrado el parlamento, que para los protestantes fué una nueva derrota, porque en él se había presentado el protestantismo dividido; sus quejas no fueron atendidas; el representante de Magdeburgo y los demás administradores protestantes no pudieron ocupar sus puestos en la asamblea, y únicamente pudieron consolarse con que no se había decidido la cuestión que mas les importaba y se había aplazado de nuevo.

LA ASAMBLEA DE LAS DIPUTACIONES DE SPIRA DE 1595

La asamblea de las diputaciones convocada en Spira estaba destinada á evacuar asuntos que correspondían al parlamento, pero que habían sido dejados arrinconados; por manera que tuvo la importancia de un parlamento, pues que forzosamente debía manifestarse también en aquella asamblea la discordia que había reinado en la primera; solo que en Spira la situación de los protestantes fué todavía menos favorable que en el parlamento de Regensburg, porque no solamente estaban en minoría, sino que esta minoría llegó solo á la mitad de los votos de los veinte magnates que según el uso constituían la diputación. Así en todos los casos habían de perder los protestantes, quedándoles únicamente la alternativa de conformarse con las resoluciones de la mayoría ó de no reconocerlas.

Tres semanas duraron las discusiones preparatorias de los representantes enviados por los círculos á Spira, empezando después las deliberaciones relativas á la matrícula del Imperio, en las cuales se trataba de rebajar las cuotas de los magnates quejosos. Esta matrícula rectificadísima debía servir de base para el nombramiento de los miembros de la diputación del Imperio. Al empezar las deliberaciones se pre-

sentó el canciller Meckbach enviado por su soberano para tomar parte en ellas, pero los católicos no quisieron admitirle, diciendo que el administrador de Magdeburgo había sido excluido del parlamento último, y no siendo la asamblea de Spira mas que un apéndice del parlamento, no podía prejuzgarse en ella la cuestión cuya resolución definitiva correspondía al emperador y á los magnates. Meckbach, apoyado por sus correligionarios, protestó diciendo que no podía servir de razón la abstención de su soberano de ocupar su puesto en el último parlamento, en vista de que el emperador había declarado expresamente que esta abstención no debía perjudicar en nada á sus pretensiones, y que su soberano había tomado parte repetidas veces en los veintiocho años de su reinado en las asambleas de las diputaciones como magnate diputado en toda regla y desde antiguo por el círculo de la Baja Sajonia, derecho del cual no podía despojarle la comisión de los magnates diputados. Los católicos solo se avinieron á declarar que la renuncia de Meckbach no perjudicaría á las pretensiones de su soberano; pero con esto no se conformó el citado canciller, el cual se presentó en la sesión inmediata ocupando su sitio á pesar de haberle intimado que se retirase los representantes del arzobispo de Salzburgo. Al ver su resistencia todos los católicos se retiraron de la sala, por lo cual se suspendió la asamblea y los diputados se separaron con gran disgusto. No fué sin embargo el asunto de los recursos pecuniarios el que dió á esta asamblea de diputaciones su alta importancia política, sino la cuestión de la administración de justicia. El mismo administrador de Magdeburgo, que no pertenecía al pequeño número de magnates que según el uso gozaban del privilegio de ser miembros de la diputación del Imperio, considerando que á la asamblea de Spira correspondía entre otros cargos realizar una visita extraordinaria del tribunal superior, creyó tener derecho á tomar parte en la próxima visita ordinaria, y que era de su propio interés como del interés de su arzobispado y de todo el partido protestante en general el protestar contra los que le negaban la calidad de magnate del Imperio. Por esto envió á su consejero Wurmser á Spira con la misión de pedir que no se efectuara la visita extraordinaria y que volvieran á ponerse en vigor en el año próximo las visitas ordinarias. Llevaba también Wurmser el encargo de protestar contra la exclusión de su canciller Meckbach de la asamblea de las diputaciones. Mucho trabajo costó que se leyera la exposición de Wurmser en el consejo nombrado para las visitas, y solo se permitió su lectura cuando los electores del Palatinado y de Brandeburgo y el duque de Brunswick amenazaron que de no leerse aquel documento se adherirían á la protesta de Magdeburgo contra la visita. En la deliberación que siguió á la lectura consiguieron los protestantes que la declaración de Magdeburgo constara en las actas, con lo cual se dió Wurmser por satisfecho y se partió de Spira en silencio; pero no acabó con esto el asunto, y el emperador procuró por otro medio eludir el restablecimiento de las visitas ordinarias cuya misión mas importante era revisar los fallos del tribunal supremo contra los cuales se hubiera suscitado protesta. El emperador había manifestado repetidas veces su deseo de que en la visita extraordinaria encomendada á la asamblea de las diputaciones se revisaran aquellas causas, y había una docena de causas que se hallaban en el caso previsto. El parlamento no había dado en el acta de clausura de 1594 el poder necesario para esta revisión á la asamblea de diputaciones; pero el emperador opinó que los asuntos de revisión dependían por lo regular de la visita, y que por tanto, habiendo dado el parlamento á las diputaciones el encargo de visitar, les había conferido también el poder de revisar los fallos protestados.

Este modo de ver era una violacion manifiesta de la Constitucion del Imperio, violacion que ni siquiera podia justificarse por una resolucion del parlamento y que naturalmente despertó el encono de los contrarios, entre los cuales figuraban tambien individuos católicos de la asamblea de diputaciones, aunque por motivos de otra clase. Los católicos pi-

dieron que se aplazase la revision hasta la reunion nueva que debia celebrarse al año siguiente, y los protestantes se opusieron á la intencion del emperador por principio, diciendo que en el acta de clausura del último parlamento no se habian mencionado siquiera las revisiones ni se habia dado á la asamblea de diputaciones el poder para resolverlas, por

Calvinischer

Bettlersmantel / Darin

angezeigt wird mit was kleider sie sich bekapen / den Schalck verbergen vnd zudecken können / vnd wer es nit weis / nicht anders vermeinet / als es die lauter Wahrheit sey / Neben ansetzung / wie man sich darfür hütten sol / das man in ihre Strick nicht gerathen möge.

Beschrieben vnd zum Druck verfertigt

Durch M. Andream Angelum Struthiomontannum.

CAVE. Rabbi. AVE.



So wahrlich ist Herr & Herr Todt hoch.

Wenn ein Rathschafft spricht / Gott genit dich.

Ante, retroq; licet, postica Calumnia, cadat. Ob gleich all Calvinisch Bazgen Mit verleumdung / vnd lügen schalt So bringu sie doch am tag nichts mehr Der Glaub / auff Christi Creutz gegründ /

Tut: tamen vivit sub cruce sulca Fides. Forn lecken / vnd hinden tragen / Die vnschuld stürzen in vnsall / Den ir falsch Hertz / vnd schöne Lehr / Verleumdunge / Stuch ohn schmerz empfind.

Im Jahr Christi / 1598.

Facsimile de la portada del libro *Calvinischer Bettlersmantel*, de M. Andrés Engel, 1598
Tamaño del original

cuya razon pedian que se pusieran nuevamente en vigor las visitas ordinarias, únicas autorizadas para las revisiones. Los católicos se opusieron, y despues de mucho discutir los dos partidos, la asamblea se separó en otoño de 1595 sin haber redactado la correspondiente acta final. La asamblea encargada de resolver la cuestion de la matrícula y la de las visitas se disolvió, pues, por no reconocerse al administrador de Magdeburgo como representante legítimo de aquel arzobispado. La mayoría de la asamblea resolvió continuar en el año próximo las deliberaciones, pero esta resolucion no fué ejecutada, y cuando despues de algunos años se decidió la

reunion de una nueva asamblea de diputaciones, habian cambiado en sentido todavia mucho peor las circunstancias.

EL PARLAMENTO DE REGENSBURGO DEL AÑO 1598

La guerra turca se prolongó con resultados varios durante algunos años. Mayor peligro que las armas del emperador ofreció á los turcos la separacion de los tres principados tributarios, la Moldavia, la Valaquia y la Transilvania, los cuales, dirigidos por sus vaivodas, se sublevaron exterminando todo cuanto no era turco y formaron á principios del año 1595

una verdadera alianza con el emperador Rodolfo. Casi en el mismo dia el sucesor de Amurates, Mohamed III, subió al trono turco atravesando una mar de sangre. Una tentativa hecha por los turcos para someter de nuevo á la Valaquia rebelde fracasó, y no tuvieron mayor fortuna en el Norte las

armas turcas en el año 1595 porque llegaron al campo imperial una parte de los contingentes alemanes y además tropas y dinero de Italia. El conde de Mansfeld, general en jefe de las fuerzas imperiales, reconquistó la fortaleza de Grau despues de cuatro semanas de sitio á principios de setiembre

Calvinisch Gasthaus zur Narrenkaps
fen genant /

Darinnen die Calvinisten so wol

offentlich als heimlich in irer Thorheit erwischt / die Larva vermeinter vnschuld / vnd heiligkeit jhnen abgezogen / vund sambt dem Hause vnd Thorheit vmbgestürzt werden.

Wie beygefügte Figuren anzeigen.

Von dem krefftigen Posaunen Hall Göttliches Worts:

Beschrieben vnd mit Gottes Wort klar vberweiset
Durch

M. Johannem Praetorium Caro Hallensem Dienern
am Wort des Creuzes im Pilgramsthal.

QVICQVID EGO CAPIO MECVM PERIT



2 wofft mit mir zum verberben zu.

Was ich Gericht Satans / saphen thue

Quod Monstri cernis, Calvini dogma, figurat: Principium terret, mediu feru, ultima mordent. Was lengft juuor der Bösewicht Durch viel Keger hat ausgericht / Mit falscher Lehr / vñ Menschen tänd / Zurstört manch Volkreich Rirch vund Durch der schal Calviniste Lehr / (Land / Mitten dich rigt / hinden erstech.

Im Jahr Christi / 1598.

Facsimile de la portada del libro *Calvinisches Gasthaus zur Narrenkappe*, de Juan Praetorius, 1598
Tamaño del original

de 1595; y poco despues cayeron en manos de los imperiales las plazas de Wissegrad y de Waitzen. Estas y otras ventajas menores de los imperiales sembraron el espanto en Constantinopla, donde el sultan, como en los tiempos del mayor peligro, ordenó rogativas para inspirar á los creyentes valor y perseverancia en la lucha contra los cristianos. Los genizaros descontentos manifestaron que no querian entrar en campaña mientras el sultan no los acaudillara personalmente como habian hecho sus dos predecesores. El sultan accedió, y despues de vastos preparativos que ocupa-

ron el invierno de 1595 y 1596, el ejército turco emprendió la marcha acompañando al sultan Ibrahim Bajá, como sucesor del gran visir Sinan que habia muerto poco antes. El primer objeto de los turcos era la toma de Erlau. Antes de que los imperiales acudieran al socorro, la plaza amenazada cayó en poder de los turcos y su guarnicion fué pasada á cuchillo por los genizaros á pesar de haberle concedido la retirada libre. Llegaron para reconquistar la plaza el archiduque Maximiliano y Segismundo Bathori de Transilvania, y entonces se dió una batalla mortífera en el llano pantanoso de